

CONCLUSIONES FINALES

Por ABEL BARAHONA GARRIDO

En la introducción de este *Cuaderno de Estrategia* se señalaba lo difícil y arriesgado que puede resultar el deducir del mismo unas conclusiones que sean válidas, a la vez que concretas.

Tener conciencia supone el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar; conocimiento que, además, ha de ser exacto y reflexivo; cuando se trate de una conciencia colectiva, ha de constituir un sistema que sea la suma de las creencias y sentimientos comunes de la sociedad que contemplemos.

A pesar de la conciencia nacional, de la que no existe ni puede existir un modelo concreto y determinado, no debemos confundirla y deformarla con lo que es una conciencia nacionalista; pues ya hemos expuesto, a lo largo del trabajo, los graves perjuicios que esta postura nos podría proporcionar.

Hemos dicho que no existe un modelo al que ajustarse de conciencia nacional; esto es así, porque cada pueblo tiene su propio sentimiento acerca de su particular experiencia histórica, así como su peculiar forma de ser y de ver su destino futuro. Además, la idea de conciencia nacional no puede, ni debe, ser estática, sino dinámica y, como es lógico, con una evolución que dependerá de la situación y circunstancias de cada momento. Hoy en día, la estructura del mundo condiciona, cada vez más, el destino de los pueblos y estos ven restringida su libertad de elección de un futuro deseado.

Si algo podemos deducir de todo lo expuesto en el trabajo, es que los acontecimientos se desarrollan ahora con tal celeridad, y de una forma tan imprevista, que la dinámica, a que hemos hecho mención, es muy difícil que pueda tener la capacidad de adaptación precisa para conseguir la continuidad que exige el tratar de construir un proyecto para el futuro. Lo que sí resulta una constante, cada vez más necesaria, es que cada pueblo tenga su propio sentimiento de identidad y sea capaz de generar la especial solidaridad que la situación del momento requiera.

Del presente de la conciencia nacional debemos destacar, por lo menos, su ambigüedad, e incluso señalar la duda, bastante fundada, de si verdaderamente existe esa conciencia nacional. ¿Cómo puede conocer el bien y el mal si un 59 por 100 de nosotros, según las estadísticas, no sabemos diferenciarlos? No hay una ética que permita definir posiciones; la escala de valores está tan trastocada, que no produce más que confusiónismo e indiferencia. Algo quizá, de lo que verdaderamente nos separa de algunos de nuestros socios europeos, es el no tener la claridad de conceptos precisa para dar a los principios básicos su verdadero alcance y significado, como faros que guíen nuestras actividades y conformen nuestra postura ante el desarrollo de los acontecimientos.

El tener conciencia de que existe una finalidad nacional es esencial y debe ser el fruto de una adecuada educación desde la infancia. Recientemente, el Papa ha señalado como una de las tareas fundamentales y decisivas, la educación de la juventud.

En el capítulo correspondiente se mencionan las amenazas que acechan a la comunidad, indicando que son muchas y variadas; pero lo peor es que, en la mayoría de los casos, esas amenazas son tan sibilinas que resulta difícil apreciarlas y, por consiguiente, nos hacen sentir incapaces para descubrirlas y hacerlas frente. El resultado de todo esto no puede estar más claro; la indiferencia, la apatía, el «pasar de todo»,... constituyen un sentimiento, por desgracia, excesivamente generalizado; con la agravante de que la interrelación existente entre la conciencia nacional y la defensa, da lugar a que todo lo dispuesto, al respecto, por la Constitución y las leyes que la desarrollan sean, cuando menos olvidado, y, en muchos casos, despreciado e incluso combatido.

Siguiendo con lo expuesto sobre el presente de la conciencia nacional, merecen especial atención algunos aspectos. La existencia, ya señalada, de una acusada inversión en la jerarquía de valores y una actitud, fruto del materialismo imperante, de exigencia de derechos, coincidente con una dejación de deberes.

La mencionada crisis de valores hace que sean precisamente los valores morales los que resultan más afectados, llegando a ser totalmente desprestigiados. Se afirma, y no sin razón, que los europeos occidentales, fundamentalmente, tienen reservas y hasta miedo a la cultura cristiana; esto se debe, en gran parte, a que dicha cultura compromete demasiado y nadie está dispuesto a imponerse limitaciones y, menos, sacrificios. Lo malo es que los jóvenes, si no tienen unos valores y motivos, que les sean válidos, para vivir, trabajar y morir, los buscan en muchas ocasiones, en unos nacionalismos extremistas o en nuevos autoritarismos; exaltando el valor de esos nacionalismos hasta convertirlos en algo absoluto. No es de extrañar que todas estas cosas y más ocurran, el materialismo dominante invita a vivir como si Dios no existiese.

Como se indica en el Cuaderno, la ética está pasando a ser subjetiva; con lo cual, cualquier norma de conducta que se dicte se toma en el sentido de querer coartar la libertad del individuo; sin tener en cuenta que esa libertad no debe dissociarse de la búsqueda de la verdad, ni de la solidaridad, ya que no son antitéticas, sino recíprocamente relacionadas.

El rearme moral es un deber a asumir por la propia sociedad, aceptando unas normas éticas que salvaguarden los conceptos fundamentales en los que debe pervivir cada ciudadano.

Si nos fijamos en lo que se expone sobre Defensa nacional y la sociedad actual, el panorama no puede ser más desconsolador, como consecuencia lógica de esa interrelación señalada entre conciencia nacional y defensa. Los datos manejados en el estudio y los cuadros que figuran en el mismo, son muy significativos.

En la introducción, ya se señala que el patriotismo y el nacionalismo son temas de mucha actualidad de ahí la extensión que su análisis adquiere en el capítulo correspondiente, y a lo largo de todo el Cuaderno.

Difícil es sacar consecuencias válidas de lo expuesto. Tanto el patriotismo, en todos sus aspectos positivos, como el peligroso nacionalismo, son hoy objetos de consideración en todos los ámbitos nacionales e internacionales, y base de comentarios realizados por personalidades del mayor relieve mundial; los acontecimientos del momento presente lo justifican plenamente.

Ante un patriotismo, de que quizá se ha abusado, hoy en declive y con tendencia a extinguirse, como consecuencia de un individualismo que antepone sus intereses a los sociales o colectivos, aparecen unos nacionalismos generalizados, con un sentido exclusivista, que busca más lo que separa que lo que une, a los que, como mínimo, podemos calificar,

como ya se ha dicho anteriormente, de peligrosos y hasta de nefastos, más que nada por la virulencia con que brotan. Su exaltación los hace nocivos, constituyendo uno de los problemas más delicados en el poscomunismo europeo y llegan, incluso, a obstaculizar una auténtica recomposición de las identidades nacionales.

Es importante señalar que hay algunos pensadores, como Michael Maffesoli —sociólogo francés—, que considera que no hay rebrotes nacionalistas, pues lo que realmente se está produciendo en estos momentos, es un regreso a la conciencia de etnia; afirma, asimismo, que la etnicidad forma parte de la posmodernidad y que, en alguna forma, volveremos a los grandes imperios compuestos de regiones. Al perder el hombre el sentido de la trascendencia y vincular ésta a lo más próximo, es empujado hacia la tribu o la secta.

Sobre la solidaridad nacional e internacional, la figura que hay que destacar es el paso del Estado nacional, hegemónico hasta la Segunda Guerra Mundial, pero incapaz de comprender el concepto de «el bien común universal», a lo que se denomina «nuevo orden internacional». Esta evolución lleva consigo una solidaridad humana más eficaz, que se materializa en la «ayuda internacional», de la que constantemente estamos viendo claros ejemplos.

El nuevo orden internacional aspira a que la humanidad camine imparablemente hacia la unificación del mundo. Ante esa interdependencia de la sociedad internacional y las exigencias que impone el interés general, aparece la necesidad de conformar un auténtico «poder internacional», del que ya hemos contemplado algunas de sus actividades.

Esta meta, hacia la que se dirige el mundo moderno, no es tan fácil de alcanzar. Las estructuras actuales poseen una inercia difícil de vencer, pero no dejan de existir realidades que permiten la aparición de perspectivas esperanzadoras. Los valores fundamentales no hay razón para que desaparezcan, si bien han de ser contemplados desde otro punto de vista más amplio y abierto a los nuevos horizontes.

Poco podemos opinar sobre el futuro de la conciencia nacional; a este futuro hay que aplicarle lo que acabamos de señalar para los valores fundamentales y, aunque el presente, como hemos visto, no es muy esperanzador, hemos de ser optimistas y confiar en que, con una adecuada formación, la conciencia ciudadana llegue a asimilar la necesidad de adaptarse a ese futuro, un tanto incierto, pero al que inexorablemente nos dirigimos.